

H MADRID

Número 96 / 5,95 euros

NOVIEMBRE/DICIEMBRE 2021

HISTÓRICO

**LA GASTRONOMÍA MADRILEÑA EN NAVIDAD
CUANDO LA JUSTICIA IBA POR BARRIOS**



**UN VESTIGIO DE LA EDUCACIÓN REPUBLICANA
UNA PIRÁMIDE EN TOLEDO: EL PROYECTO
FRUSTRADO DEL MARQUÉS DE CERRALBO**

DOSIER:

La mala vida en el barrio de las Letras en el Siglo de Oro



Personajes Peculiares de Madrid

M. Fátima de la FUENTE DEL MORAL

www.exploraldesconocido.com

Fotografía: Javier MAESO

WASHINGTON IRVING

Podemos considerar a Washington Irving un tipo peculiar de nuestra historia. Su larga experiencia en España y su visión sobre la sociedad en la que vive lo convierten en testigo de excepción de un periodo crucial para nuestro país. Coincide con el reinado de Isabel II cuando esta era aún una niña.

Irving descubrió nuestro país cuando viajó por Europa durante casi dos décadas. Tras su regreso a Estados Unidos volvió a Madrid como embajador de su país. Esta es parte de su historia en nuestra tierra.

«Al caer la tarde, llegué al sitio en que el camino serpentea entre montañas y allí me detuve para dirigir una última mirada sobre Granada. Ahora podía comprender algo de los sentimientos experimentados por el pobre Boabdil cuando dio su adiós al paraíso que dejaba tras él y contempló ante sí el áspero y escarpado camino que conducía al destierro». Con estas palabras, recogidas en su cuaderno de viaje, Washington Irving se despedía de la Alhambra. Sus obligaciones laborales lo alejarían para siempre de aquel lugar que tanto lo cautivó.

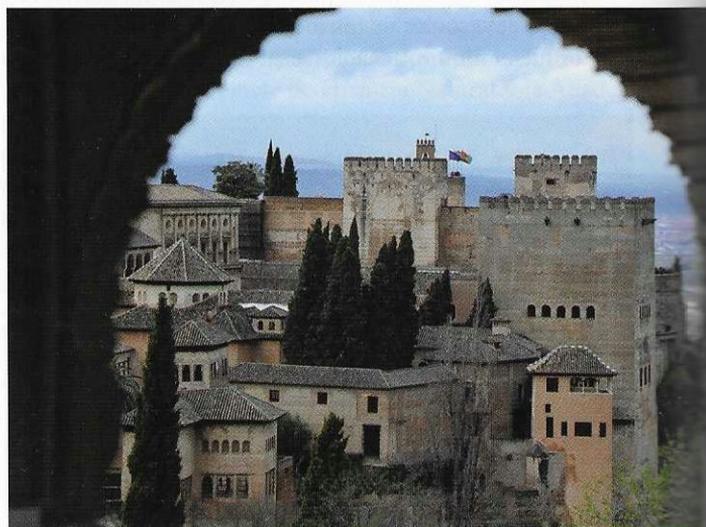
Nacido en Nueva York en 1783, este divulgador histórico fue escritor, historiador, diplomático, antropólogo y viajero romántico. Su curiosidad lo llevó a anotar cuanto veía y experimentaba. Cosmopolita, inteligente, moderno y dotado de una inagotable imaginación, siempre deseó conocer nuevos territorios. En vida logró el éxito como escritor y fue reconocido por sus labores diplomáticas y también por sus investigaciones.

Washington Irving llegó a España en 1826. Antes, en París, había conocido al embajador estadounidense en Madrid. Este le propuso traducir al inglés documentos relativos al descubrimiento de América. Nuestro protagonista aceptó encantado y pronto se lanzará a investigar en archivos y bibliotecas españoles. Poco a poco descubre que nuestro país es un territorio fascinante. Nada mejor para su inspiración literaria.

Muy disciplinado y sistemático en su método, se levantaba temprano y escribía a lo largo del día. Siempre tenía en marcha libros e investigaciones y no paraba de revisar y corregir sus escritos. Pero, pese a que emprendió con entusiasmo la labor encomendada, al cabo de un tiempo pensó que quizá el público acogería mejor una biografía documentada de Colón, que también abandonará para comenzar una crónica sobre la toma de Granada. Sus lazos con esta ciudad empezaban a estrecharse.

Irving disfrutó de dos estancias en la ciudad del Darro. Una, en 1828; otra, al año siguiente. En esta última se hospedó en el interior de los palacios nazaries, en aquellos tiempos convertidos en una gran ruina exótica por la devastación que supuso la ocupación francesa. Quedará fascinado por el encanto decadente y romántico que lo rodea.

La Alhambra estaba entonces habitada por población marginal. Nuestro hombre convive con ella. Mateo Jiménez es el primero en aparecer en escena, ya que le sale al paso y se le ofrece como guía. Irving escribe: «Tengo la habitual desconfianza del viajero ante los cicerones oficiosos, así que le dije: “Presumo que está usted familiarizado con el lugar”. A lo que él respondió: “Ninguno más; pues, señor. Soy hijo de la Alhambra”. Los españoles de a pie tienen la manera más poética de expresarse. ¡Un hijo de la Alhambra!». Entre ambos comienza una estrecha relación que irá tornándose en sincera amistad.



Vista de la Alhambra.

El 18 de julio de 1829 recibe una carta en la que se le comunica que ha sido propuesto como secretario de la Embajada americana en Londres. Irving tiene dudas. Finalmente acepta. Escribe: «Mi feliz y apacible reinado en la Alhambra fue bruscamente interrumpido por la llegada de unas cartas, requiriéndome a salir de mi paraíso musulmán para sumirme una vez más en el bullicio del polvoriento mundo. ¿Cómo iba a salir al encuentro de sus inquietudes, después de semejante vida de tranquilidad y ensueño?».

Nunca regresará a Andalucía. Sin embargo, sí volverá a Madrid en 1842, donde esta vez ocupará el cargo de embajador de los Estados Unidos. Tiene ya cincuenta y nueve años y se encuentra con una reina que aún es una niña. Isabel II, que por entonces cuenta doce años, sirve de inspiración para nuestro hombre. Así, en las cartas que envía a su entorno familiar, hay múltiples referencias tanto a la reina como a todo lo que halla en la corte de Madrid.

Irving se refiere a menudo a Isabel II como «la pobrecita reina» y en sus cartas narra lo que acontece alrededor de ella como si se tratara de la protagonista de un cuento. Así, cuando informa del intento fracasado de asalto al Palacio Real por parte de los generales De la Concha y Diego de León, presenta a la reina como «un frágil ser [...] arrebatado al galope por rufianes en una noche tempestuosa por enrevesados y peligrosos senderos y expuesta a los disparos de sus perseguidores». Estaba claro que imaginación no le faltaba.

En su estancia en Madrid observa la transformación mental y física de Isabel. En este sentido describe lo que ve, sin ahorrarse las anécdotas. Como la que protagoniza él mismo cuando va a presentar sus credenciales a la reina. Antes de poder hacerlo ha de esperar a que esta salga de un baño medicinal, dado que padecía istiosis. Habla de que atraviesa grandes y vacíos salones del Palacio Real, tan oscuros como si aquello fuera un convento. Finalmente, cuando ve a la pequeña reina le sorprende que esta vista totalmente de negro y que tan sólo la acompañen dos vejestorios. En sus cartas, nuestro hombre escribe «la pobrecita reina enlutada, tan pálida y melancólica, con su escaso séquito, atravesando como sombras los silenciosos salones umbríos de aquel palacio. ¡Que Dios proteja a esta pobre criatura inocente en su futura carrera!».

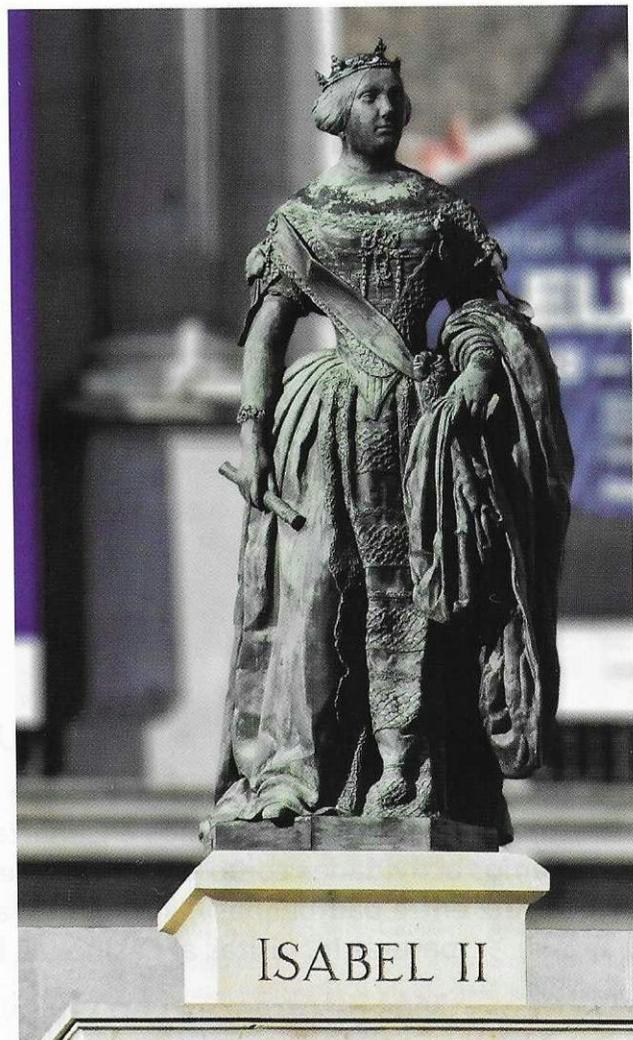
Sin embargo, aquel panorama irá cambiando. Sobre todo cuando al fin se declare la mayoría de edad de Isa-



Retrato de Washington Irving.

bel. Entonces, los bailes y las fiestas transformarán el escenario regio. En palabras del propio Irving, «la Reinecita está encantada con la vida de esplendor y lujo que ha transformado su triste corte». Y es que, según él, en aquellos tiempos «se multiplicaron las recepciones palatinas, las solemnes ceremonias religiosas, los desfiles militares y las fiestas suntuosas». También señalará que «la Reinecita ha crecido mucho y está bastante regordeta».

En el tono que emplea en sus cartas, se ve que nuestro hombre disfruta de aquel Madrid, al que se refiere como «magnífico y alegre». Por lo visto, no era el único que disfrutaba de aquel ambiente, a juzgar por lo que observa un día en que coincide con Isabel II en un gran





La Florida, Madrid, a comienzos del siglo XIX. Alexandre de Laborde (1820), *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, II.

baile ofrecido por Narváez en su palacio. Comenta que la reina, que acudió con un precioso traje blanco, realizado por un precioso collar de perlas de seis vueltas y cierre de diamantes, se rio mucho y no paró de bailar.

Sabemos que disfrutó de las corridas de toros. Habla de ello a su amiga *mademoiselle* Bolviller, quien le dice que no entiende cómo una persona culta y sensible como él es capaz de disfrutar de un espectáculo tan bochornoso. Irving responde: «He bajado considerablemente en el buen concepto de mí mismo desde que me he dado cuenta de que puedo encontrarme a gusto en estos espectáculos».

Pero no todo fue diversión en el tiempo que Washington Irving pasó entre nosotros. No olvidemos que viene a nuestra ciudad a desarrollar una importante labor diplomática. En su comunicación oficial hablará de su «profundo interés por España, un país acosado, empobrecido y abatido y, al mismo tiempo, orgulloso, enérgico y noble». Añadirá: «Deseo muy sinceramente verle libre de sus problemas y de sus vergüenzas». Sin embargo, se lamenta: «los continuos cambios y contradicciones que hacen de la política de este desdichado país un tejido de confusiones y un objeto de burlas son tales que estoy perdiendo las esperanzas de ver renacer la prosperidad y la dignidad de España».

Casi al final de su estancia escribirá: «Las intrincadas complejidades de la sociedad española, tan difíciles de sortear como las rocas, los bancos de arena, los remolinos y las contracorrientes de nuestra Hell's Gate».

Se despedirá de España para siempre en 1844. Lo hará embarcando en Barcelona. Entonces descubre allí a una bella mujer de mediana edad, perfil griego, pelo y ojos negros, labios gruesos y rosados, vestida de negro con una mano enguantada y la otra de un blanco transparente. Como quiera que la dama se dio cuenta de la persistente mirada que Irving llevaba rato depositando en ella, le espetó, algo molesta, tal y como nuestro protagonista dejó recogido en su diario: «Cualquiera pensaría que es usted un pintor haciendo mi retrato [...] En efecto, dije, lo estoy haciendo; le escribo a un amigo del otro lado del mundo, contándole las cosas que pasan ante mí y nada me podría ayudar a hacer el apunte que el mejor modelo del país con el que me he encontrado». No se puede negar que aquí tenemos una muestra de puro romanticismo.

Washington Irving está considerado, hoy día, un historiador en toda regla, atento, riguroso y muy fiable en el manejo de las fuentes historiográficas. Con él queda claro que la veracidad histórica no debe ni puede estar en contradicción con la imaginación. La Alhambra tendrá siempre una deuda infinita con él. ■

¿QUIERES ACOMPAÑARNOS EN NUESTROS RECORRIDOS POR MADRID?

Como investigadores de la historia de nuestra ciudad, como escritores y como madrileños, nos planteamos enseñártela con calma, con cariño y con cuidado.

Tenemos actividades como «El Madrid de los fantasmas y de las casas encantadas», «Hotel Ritz entre bambalinas», «Crímenes, amores y recetas de cocina», «Madrid del ¡No pasarán!», visitas al Casino y a las reales academias, entre otras.

Más información en www.exploraldesconocido.com